
Aprendí de la lectura de Michel Leiris a observar los rincones del techo con detención. A especular sobre las evocaciones que generan estos espacios. Habla de escondites, de los lugares que le sirven para fugarse, discurrir, elucubrar. Dedicó su vida completa a escudriñarse sin piedad y a escribir sobre otros. *Edad de hombre* es un autorretrato literario ejemplar.

Buscó alternativas en los viajes, la antropología, el surrealismo y las experiencias salvajes. En *La regla del juego* va destejendo las veladuras de la realidad con palabras exactas. Pasa de los recuerdos a las aco-taciones en un tono hondo. Elabora teorías —entre otras, una sobre la mudanza y la vejez— para luego refutarlas. El ejercicio de la crueldad lo practica a través de su estilo de frases retorcidas aplicadas con rigor. Desentrañar, ver desde los sentidos y revelar es su poética: «Si bien es cierto que se da con excesiva frecuencia la descorazonadora impresión de que me

separan de la naturaleza múltiples pantallas, creo en cambio que puede verse el reflejo de esas pantallas en lo que escribo, incluso aunque esté velada la observación de lo que sucede en las cuatro paredes en donde se materializa, en lo tocante a la geometría, el secreto de mi despacho».

*

Tendría que empezar por criticarme. ¿De qué otra manera se puede pensar con franqueza? Uno debería considerar, antes de referirse a los otros, el lugar que ocupa respecto del resto. ¿Se puede ser honesto y eludir la biografía? Esto no implica hablar desde el «yo» ni confesarse, sino calibrar qué variables están en juego cada vez que opinamos. Hoy se pueden espetar frases con tanta facilidad por redes sociales que es fácil extraviar la perspectiva y fantasear con una imagen engañosa. El narcisismo se ha filtrado de tal manera en nuestra sociedad que nadie se queja de sus propios errores, ni de sus falencias ni de falta de talento. La autocrítica desapareció. Incluso la «falsa humildad», ese tópico infalible para seducir, ya no se utiliza como recurso, menos entre los jóvenes.

*

Cada uno tiene un mapa sentimental de la ciudad. Una cartografía que remite a lugares que nos marcaron emocionalmente. Algunas esquinas por las que evitamos pasar, otras que indagamos. Unas traen recuerdos, otras evocan atmósferas o consignan momentos que nos provocaron dolor. Hay paraderos en los que

dejamos pasar las micros oprimidos por un aburrimiento triste. Hay perspectivas de ciertas calles o plazas que nos agitan la respiración.

★

La calle Arquitecto Pauly es un rincón donde me oculto para prescindir del bullicio y el exceso de interrupciones. Está ubicada en la comuna de Providencia, entre Diego de Almagro y Guillermo Acuña. Es una cuadra de casas con antejardines. En la entrada hay un edificio de dos pisos moderno con una escalera a la vista. Siempre me llamaron la atención esos departamentos, quizás porque me habría gustado vivir ahí. Era una fantasía que tuve de estudiante. Con unos amigos vagábamos por los alrededores del Campus Oriente, como peripatéticos.

Desde esos años no he dejado de visitar esa dirección. No conozco a nadie que viva ahí: es un alivio. Me gustan los ciruelos y el follaje que sale de los jardines. Nunca hay agitación. Los vecinos riegan, entran y salen de sus viviendas, lo que permite observar brevemente el interior de estas. Son residencias amplias, sin ostentación. La belleza está lejos de constituir lo central de esta calle. Es la tranquilidad, la falta de gritos y aullidos, su mayor característica. Hace unos veranos salía a dar vueltas en auto a las horas de mayor calor en pleno febrero. Solía terminar en Arquitecto Pauly. Dejaba el motor prendido con el aire acondicionado, mientras fumaba, tomaba Coca-Cola Light y escuchaba música.

En ese estado contemplativo noté una peculiaridad del sector: una estética con tipologías bávaras, austríacas, en determinadas casas. Luego averigüé que Helmut Pauly Gleisner —quien le da nombre a la calle— fue el responsable de esas influencias en el tramo Suecia, Los Leones, Austria. La importancia de estos rasgos es menor, salvo en detalles a los que un ocioso podría atender, como las cornisas, los encuadres de los techos y las rejas con motivos. A lo que se suma la importancia de las enredaderas, las buganvillas, los ladrillos y la madera gruesa de las puertas de entrada. Da la impresión de que son casas por las que han pasado generaciones con miradas opuestas sobre la decoración. Unas más rebuscadas que otras. Pero lo inmutable, el aura serena que la identifica, no se ha alterado.

La ostentación está ausente. Tampoco existe el afán por la austeridad. Lo íntimo y cómodo prima. Eso explica la altura de las murallas, las puntas de las rejas. Más que mostrar miedo al exterior, se observa una aspiración por cuidar lo interno. Aquello que sucede en la familia no se ventila, se infiere del sosiego que está en el aire.

*

Me reconozco un pésimo actor, así que es difícil que haga un papel distinto al que me nace espontáneamente. Otra cosa es que conozca el arte de callar. Desde que era niño me decían que era un viejo chico. Después de años de latín supe que los llamaban *puer senilis* en la Antigüedad. Todos tenemos un niño dentro. El mío

está algo escondido. Solo apareció cuando jugaba con mis hijos.

★

En Emily Dickinson busco un tono que me sirva para ecualizar el ánimo, frenar la ansiedad. En su poesía los textos son impersonales y, a la vez, íntimos. No revelan nada evidente sobre su biografía, ni siquiera existe una voz dominante. Son versos semejantes a los apuntes epifánicos de una mujer que toma el lenguaje como si se tratara de un fulgor que solo ella sabe manejar con irracional destreza. A veces sus poemas son especies de dibujos mentales, en otras ocasiones están compuestos por una serie de afirmaciones que sugieren latigazos. El deseo la sacude y deja temblando. Su amante es el Dios del Antiguo Testamento. Sus poemas son huellas de esos encuentros.

★

Los sueños son de los niños, sobre todo cuando se sueña despierto. Soñar con una vida tranquila y feliz es lo más infantil que hay. Es lo mismo que quiere toda la gente sana. Cada uno tiene sus experiencias y son incontrolables y a veces angustiantes. Sufro de insomnio. Y cuando duermo bien no los recuerdo, salvo algunas excepciones. Me tomo un Ravotril de dos miligramos a las seis o siete de la mañana todos los días. Eso me borra los recuerdos. Hago esto desde hace veinte años; cada vez que se escribe un reportaje sobre este tema me llaman para consultarme por los efectos de este remedio. Doy testimonio con otros

nombres. La gente en general lo toma de noche, salvo los que lo tenemos recetado de por vida. Sirve para controlar la electricidad que se tiene en la cabeza. No fue hecho para la depresión, pero ahora se receta para evitar la ansiedad.

*

El miedo asociado al castigo marcó mi infancia. Perteneczo a una generación que fue educada con sanciones de variada índole. Infligir determinada ley instaurada por los padres o por alguna autoridad implicaba asumir un escarmiento y una monserga. Llegar tarde, decir algo imprudente, pelear, tener malas notas o mostrarse insolente tenían arduas consecuencias. Era difícil salvarse, puesto que el perdón venía del arrepentimiento. De la penitencia no había cómo escapar.

Siento el miedo en el cuerpo. No conozco otra forma de convivir con él: alojado en la garganta sin dejarme hablar, revolviéndome el estómago, quitándoles fuerza a las piernas, en el pecho. Incomoda, no deja que te muevas con soltura. Y, cuando viene, se deja caer, salta sobre uno, atrapa sin dar tiempo para zafarse de sus tentáculos. El miedo de verdad, el que se relaciona con la muerte y la pérdida, se instala. No se puede prevenir, la razón queda corta a la hora de las explicaciones. Buscar sus causas es inútil. Es un instinto animal. También hay miedos lentos, que se hacen esperar, que se van gestando de a poco hasta desatarse. Son los que cansan, agobian, confunden. Crueles. Avisan con punzadas de angustia. Es el miedo

a la enfermedad que avanza, a la vejez, al indiferente que ha dejado de amar.

La educación católica posee esa forma de producir miedo, un protocolo diseñado para reprimir. Se basa en el concepto de mandamientos sagrados y jerarquías. A los niños les inyectan la culpa, un temor latente a todo lo que sea traspasar las reglas establecidas. Sirve para contener la turbación. Pero, sobre todo, es un antídoto contra las pulsiones, un regulador del placer. En desobedecer radica el mal, el pecado, aquello que debe ser condenado. La culpa opera antes y después de cualquier osadía o ejercicio de libertad. No abandona. Es una sombra nefasta. Quienes han sido sometidos a esta burocracia moral cobijan un miedo sin nombre y permanente dentro de ellos. Acostumbrarse a vivir con ese desasosiego —sin reclamar ni revelarse— es lo que algunos denominan adultez. Otros lo llaman resignación. En ocasiones, es imposible sostener la existencia con esa pesadumbre. Oponer resistencia a esa extorsión mental es un riesgo que vale la pena tomar. El desacato genuino se paga con remezones existenciales. Salir de la confinación no es suave. Alejandra Pizarnik fue una poeta que exploró los terrores diurnos y el pavor del insomnio con la precisión de un cirujano. Escribió: «En el eco de mis muertes / aún hay miedo. / ¿Sabes tú del miedo? / Sé del miedo cuando digo mi nombre. / Es el miedo, / el miedo con sombrero negro / escondiendo ratas en mi sangre, / o el miedo con labios muertos / bebiendo mis deseos. / Sí. En el eco de mis muertes / aún hay miedo».

Las reacciones al miedo son temerarias o desoladoras. Están emparentadas con las fobias, con el asco y la rabia. El arco de posibilidades también incluye la desesperación, con su repertorio que oscila entre arrebatos físicos y el silencio. Las personas que me han generado miedo luego me dan rabia y posteriormente las desprecio. Tengo buena memoria y no las olvido. Me aterran los delatores, los policías, la violencia súbita, las personas sin escrúpulos y los callejones sentimentales de la histeria. Están, además, los miedos que anidan en las napas profundas de la identidad, inherentes a la condición humana. La muerte y el sexo son fuentes de emociones que se conectan con zonas desconocidas: dan miedo y paz.

★

Despierto temprano, incómodo. Me levanto y voy a la cocina, preparo café. Aún con el sueño pegado a la mente voy al escritorio y abro la ventana. Necesito que entre aire fresco y sentir la luz para calibrar el día. Esa ventana, la que tengo al estirar mi mano, se ha convertido en el contacto más frecuente con afuera. Estoy en un segundo piso, tengo casi encima las ramas de un árbol; unos metros más allá, la pared que linda con la casa del lado; abajo, el jardín de mis vecinos. Las hojas que observo están medio rojas, algo amarillas. Han perdido la fuerza del verde. Caen a medida que se secan.

★

Existe una disposición que permite acercarse a la lectura sin miedo. Es sencilla y, curiosamente, no la enseñan en los colegios. Consiste en abrir un libro en cualquier página y leer un par de párrafos o versos. Ese contacto, breve e intenso, es suficiente para percibir el estilo de una obra, vislumbrar su tono y temple.

Los antiguos enfrentaban la Biblia, la *Eneida* de Virgilio y la *Divina comedia* de Dante Alighieri con una actitud semejante, oracular. Son textos a los que se podía recurrir con la intención de encontrar pistas sobre el devenir de sus vidas. Es una forma de leer guiada por la confianza en el azar y, en ciertas ocasiones, por la fe o la superstición. Hay un rito alrededor de esta práctica, pues requiere obtener la máxima concentración para sentir el sonido de las palabras y los silencios. Luego es pertinente volver sobre lo leído, atisbar interpretaciones y dejarlas pasar de manera consciente. La levedad que se produce en un encuentro aleatorio no puede ser opacada por un exceso de conjeturas.

★

«Audacia», «coraje» y «valor» son palabras que se usan poco. Suenan pasadas de moda, aunque jamás lo van a estar. La temeridad es el descriterio hecho acción. La sociedad actual prefiere el retraimiento, el tino y la pertinencia. Premia a los adaptados, a los dóciles, a los que saben esconder su miedo. Son considerados prudentes. Son los beneficios que trae acatar las normas. Un prestigio asociado a las palabras «tranquilo»

y «disciplinado». Los mediocres no transgreden sus miedos, los comprenden y propagan.

Contra el miedo poco se puede hacer, salvo exorcizarlo mediante el trabajo creativo, el análisis o la conversación. Es sensible ceder a los desbordes, los errores y lo prohibido. Son territorios a indagar. La artista Louise Bourgeois contó en breve su experiencia por ese desvío: «He estado en el infierno y he vuelto. Y permíteme decirte, fue maravilloso».

*

Leer el psicoanálisis desde una perspectiva literaria es común. *El malestar en la cultura* de Freud posee un tono filosófico. Sus conjeturas están sostenidas por las asociaciones que entabla con la religión y la antropología. Pero, sobre todo, su estilo, su destreza para convencer, amplió el mapa del conocimiento con nociones que superan su disciplina y sus preocupaciones médicas.

El libro del Ello de Georg Groddeck soporta el peso de los años sin que tenga importancia su deriva terapéutica. Sus elucubraciones sorprenden por su imaginación dramática y feroz. Acontece algo similar con Wilhelm Stekel, cuyas historias clínicas se inscriben en el género del terror existencial. Sus trabajos sobre el sadismo y el masoquismo han logrado integrarse a una tradición de culto.

Borges decía que la teología y la filosofía eran parte de la literatura fantástica. A mi entender, el psicoanálisis integra el espacio sentimental de la novela rosa y, en ocasiones, narra historias de suspenso policial.

En *Historias de amor* de Julia Kristeva encuentro un fragmento que bien podría ser un monólogo interior: «Vértigo de identidad, vértigo de palabras: el amor es, a escala individual, esa súbita revolución, ese cataclismo irremediable del que no se habla más que después. En el momento no se habla de. Se tiene simplemente la impresión de hablar al fin, por primera vez, de verdad. Pero ¿es realmente para decir algo? No necesariamente. Si no ¿qué exactamente? Hasta la carta de amor, esa tentativa inocentemente perversa de calmar o relanzar el juego, está demasiado inmersa en el fuego inmediato como para no hablar más que de mí y de ti, o incluso de un nosotros salido de la alquimia de las identificaciones, pero no de lo que sucede realmente entre el uno y el otro».

*

Qué extrañas me resultan las personas que ven en las contradicciones un mal, un defecto. Quizás se debe a que me acostumbré a las discrepancias. Mis padres me enseñaron que pensar de una forma y luego cambiar de opinión era una posibilidad habitual. Comprender y conocer al otro implica modificar lo que creíamos inmutable. La cara, los gestos, el tono de la voz, es decir, el cuerpo tiene argumentos que influyen demasiado. Cuando vemos con atención a los demás somos capaces de alterar lo que creíamos.

He observado que es muy propio de las mentes criadas en el dolor y en el resentimiento pedirles a los demás que se atengan a la coherencia. Es una forma de oprimir por medio de las palabras. Entre

lo que hacemos, decimos y deseamos hay abismos emocionales que nos impiden tener una sola manera de comportarnos. El animal destinado a morir que somos suele desplazar los preceptos a segundo plano cuando se trata de calificar lo que vemos y anhelamos, salvo que la represión nos haya mutilado.

*

¿Qué nos queda de misteriosos? ¿Hay algo nuestro que solo sepamos nosotros o todo está sujeto a escrutinio? ¿Qué se salva de la policía de la transparencia? ¿Qué espacios son posibles habitar sin evaluaciones y culpas? ¿Existen los cómplices?

Es inútil responder estas preguntas con rapidez. Aunque sí las creo pertinentes. Existen los que se creen a salvo de estas inquietudes. Desconocen la necesidad de sentir la soledad, incluyendo una placentera: la de estar con otro sin que nadie más lo sepa. Ellos están demasiado adaptados al sistema paranoico que nos envuelve como para criticarlo. Creen en sí mismos y sostienen que jamás han sido manipulados. La seguridad en los principios que ostentan es tajante y desanglada. Prefiero a los que padecen incomodidad ante las circunstancias vitales, los que se detienen si ven la grieta. La conciencia de la precariedad que nos rodea es lo que nos distingue. La falta de silencio y secretos nos condenan a perder cada vez más sensaciones y perspectivas de la realidad.

*

Observo con atención el odio hacia el pasado que practican algunos agonistas y entusiastas. Quizás me detengo en esta actitud por defecto. Desde hace años que me fijo más en el pasado que en el presente. Mejor dicho, pienso que ambos están demasiado ligados como para separarlos. Por lo mismo, sé que los afanes refundacionales prescinden de las voces que no los complacen, sobre todo cuando avisan que lo nuevo ya está descrito en varios libros clásicos. Incluso las excepciones poseen alguna literatura, la que se estudia en detalle. Lo incierto escasea en algunos planos de la realidad, como en la política. Lo que puede haber son desastres y tragedias que lamentar. Pero las rutas han sido trazadas por la historia. Por ejemplo, el derrotero del fascismo es nítido. Su relación con el orden y la violencia es directa. Otra cosa es no darse por enterado, abrazar la ignorancia.

Tal vez la curiosidad pasó de moda. Me dirán que ha sido resuelta por los buscadores *online*. Las enciclopedias están fuera de circulación y los libros son cada día menos consultados. Indagar una pista exigua que nos aclare una duda es una cuestión de ancianos. Ahora todo es más rápido vía Google. Mentira. Lo crucial es detenerse en medio de la pesquisa o desviarse. En ese gesto radica la posibilidad de un encuentro imprevisible que nos puede seducir o cambiar de opinión.

★

Georges Bataille indica que el caballo, pese a estar sometido y lleno de tareas, guarda un orgullo: su sensibilidad es agitada e insensata, capaz de desencadenar un

frenesí ante a un acontecimiento menor. Ese arrebató nos asombra y es una fuerza que requerimos para que galope o cargue. Por eso ocupa un lugar de privilegio. Los poetas requieren ese ímpetu, lo admiran.

*

Confundir la autoridad con la cultura es un equívoco que viene del miedo a los libros y que genera fobias, rabia. También es una ficción académica que ha provocado un daño enorme. Lo que piensa o dijo este autor o aquel, por muy divergentes que sean sus teorías, tienen que convivir en un estante si quieren gozar de importancia. La contradicción es inherente al desarrollo del pensamiento. En el estricto plano del lenguaje, no hay dominantes, sino interacciones, correspondencias, distancias y complicidades entre argumentos. Los discursos de poder se disuelven con palabras y análisis. Hacerlo es un arte, el de la crítica, que se dedica a averiguar de dónde vienen, quién los dice y cómo operan.

Entre mis amigos, recuerdo algunos especialmente curiosos, casi obscenos. Son devoradores de bibliotecas y conversan sobre sus obsesiones sin piedad. Siento que van quedando pocos con la intensidad vital que veo en ellos, que pueden pasearse por diversas culturas con absoluto desparpajo. No hay cuestión que les sea extraña. Raúl Ruiz dejó un diario que es un monumento genial a la erudición. Son horas diarias que disipó instruyéndose en materias ajenas a su trabajo y a cualquier uso.

✱

Una forma de reconocer a un curioso es fijarse en la relación que sostiene con los viejos. Suelen entrar en conversaciones con ellos, disfrutan de sus cuentos y anécdotas. Tienen paciencia y no buscan nada, salvo aprender. Los fanáticos y los expertos están lejos de esta inquietud. Ellos ostentan principios que explican y satisfacen las interrogantes. A veces son tan extremos en sus modos y aseveraciones taxativas sobre el bien y el mal que se convierten en figuras perturbadoras dignas de indagar.

✱

Hablar con frases largas y compuestas, hacer digresiones, hilar fino, buscar la precisión, son cuestiones en retirada. La ignorancia dejó de ser un defecto. Las nociones que no se pueden resumir en un par de frases ingeniosas son prescindibles o soslayadas. El avance de un pensamiento sin repliegues, sin crítica, que deviene en un dogma o estereotipo, es un peligro. La simplificación de lo complejo conduce al delirio fascista. La historia está repleta de ejemplos al respecto. Se asoma el desprecio hacia la cultura, la negación del talento y la mofa contra la inteligencia.

✱

El tono de nuestra existencia está cambiando, se modifica y apenas lo percibimos. Hablar en voz alta dejó de ser una vulgaridad. En la calle, los pasillos y los subterráneos se subieron los decibeles. La represión

pasó a ser un deporte exclusivo de la élite conservadora, quebrada moralmente. El carácter flemático ya no es ni elegante ni apreciado, al igual que la austeridad.

*

Días atrás, salí de la radio y me fui caminando por el Parque de las Esculturas. Disfruté ver parejas pololeando sin excesivos pudores y con evidente deseo. Me fijé que no solo eran adolescentes, había de todo tipo. Se ubicaban separadas para mantener alguna privacidad. Me di cuenta de que entre ellas se cuidan de robos y de los guardias densos. También se protegen de los sujetos agresivos que pasan en auto insultando o lanzando cosas para dañarlas. Son una sociedad secreta del amor a la vista de todos. Ajenos a las censuras y los ruidos ambientales, se las observa concentrados, disfrutando de los besos, los cigarrillos, los cariños, las bebidas y las palabras que se dicen al oído. Comparten su escaso tiempo con la generosidad que dan los minutos consumidos con arrojo. Están menos incómodos que los que pasan apurados o pudriéndose en un taco. Para esos amantes el pasmo existencial es una broma aburrida, no están para escuchar monsergas. La energía que otros dilapidan en conjeturas, ellos las derrochan revolcándose. Sus intenciones están libres de culpas.

Al otro lado del río Mapocho pasan los ciclistas por sus vías especiales. Hay que aguardar para cruzar la Costanera. Y hacerlo rápido. La tensión se siente en cómo aceleran los autos detenidos. Suben y bajan apurados. Los conductores tienen las miradas extrañadas en un horizonte que los pone tristes. O están